

Gozos y dolores de la Navidad en Gaza

Desde que inició la guerra en Gaza, el 7 de octubre del 2023, tuve el anhelo de ir a visitar a nuestra Familia Religiosa del Verbo Encarnado que vive allí, así como a la gente de la Parroquia Sagrada Familia que se refugió en dicho lugar, pero nunca me imaginé que este regalo llegaría dos días antes de la Navidad de este 2024, cuando ya parecía imposible que alguien pudiera entrar y salir, dado los continuos enfrentamientos en la zona. Realmente no fue fácil. Quisiera subrayar aquí algunos de los aspectos que más me impactaron.

Por gracia de Dios, con otra hermana, misionera de la Caridad, pudimos acompañar al Patriarca de Jerusalén, Card. Pierbattista Pizzaballa y al Canciller de la Diócesis, P. David Meli.



Entrar en Gaza, en medio de la guerra, es todo un desafío. Es como si uno entrara en otro mundo... inimaginable. De la autopista que recorrimos desde Jerusalén, pasamos a caminos de arena fina intransitables; de la belleza de árboles y flores, pasamos a un camino donde las cloacas se derraman hasta desembocar en el mar y donde lamentablemente la gente se baña.

Así fue el trayecto que recorrimos entre las casas destruidas o edificios bombardeados. Todo es desolador. Mientras tanto iba rezando interiormente y contemplando las imágenes dantescas a un lado y otro del auto, que se sucedían como una película. Los edificios colapsados como naipes de cartas, vaya a saber con cuánta gente dentro atrapada por los escombros; niños buscando algo que sirva en el gran basural de lo que fue el antiguo mercado; tumbas con sus lápidas rotas o descolocadas al lado de nuestro camino; gente caminando aquí y allá, acarreando lo poco que le queda, otros adentro de lo que fueran sus casas o en las tiendas provisionarias que no resguardan del frío ni de la lluvia; gente en bicicletas o en poquísimos autos destartalados que funcionan con un aceite reciclado que venden también en diferentes puestos y que contamina el ambiente ya impregnado de ceniza, pólvora de las explosiones, humo de la quema de desperdicios...

Pero lo que más me conmovió de todo eso, fue cuando, al acercarnos al Hospital Al -Ahli, vi a mi lado a un hombre que corría llevando en sus brazos un niño de unos dos o tres años herido por algún disparo o

explosión, con su cuerpo ensangrentado. Su cabecita ligeramente hacia atrás y su cuerpo inmóvil en los brazos de su padre me recordó la famosa Piedad, la obra maravillosa de Miguel Ángel, que inmortalizó a María recibiendo entre sus brazos, al pie de la cruz, el cuerpo de Jesús. ¡Cuántas *Pietà* ha creado esta guerra!... ¡Cuántos padres han llorado y lloran cada día sus hijos, de un lado y otro del muro! Solo Dios conoce ese dolor que lacera sus corazones.

Pero el dolor e impotencia de Gaza supera toda imaginación, no hay comida suficiente en muchos lados, ni lugares higiénicos, no hay ya lugar donde refugiarse, dicen muchos; no hay un lugar tranquilo y seguro, no hay lugar donde “recuperarse” de la guerra, no existe un lugar donde “descansar” del estrés ni donde distraerse. No se puede escapar. No hay psicólogos que puedan tratar los traumas de más de dos millones de personas que están bajo bombardeos día y noche, especialmente de los niños, que lamentablemente ven cosas que en cualquier parte del mundo uno evitaría que vieran o experimentaran.

El dolor de aquel padre y de su hijo quedó fijo en mi memoria y me conmovió profundamente. Estuve a su lado y no pude hacer nada... ¡Qué impotencia! Igualmente, ya estaban a las puertas del Hospital, el centro sanitario también conocido como el Hospital Cristiano, y que está abarrotado de gente, heridos y enfermos.

Ese niño es una de las tantas víctimas de las que no conocemos su nombre, pero cuya sangre riega la tierra de Gaza, como la de aquellos que murieron en los *kibutz* masacrados en sus mismas cunas aquel 7 de octubre espantoso. Sangre inocente que clama la justicia de Dios, que grita al Cielo.

Allí estábamos nosotros, implorando el don de la paz desde adentro de Gaza, para que regresen a su casa los rehenes y pueda darse la liberación de todos los privados injustamente de su libertad; para que los habitantes de Gaza puedan rehacer su vida... o lo que queda de ella, para que los miles y miles de heridos puedan ser tratados...

Con este anhelo, llegamos a la Parroquia Sagrada Familia, del Patriarcado Latino de Jerusalén. Fue muy emocionante encontrar a los héroes de la caridad, como los llamo yo: los tres sacerdotes y hermanas de nuestra Familia Religiosa y las Hermanas de la Madre Teresa de Calcuta, quienes han querido permanecer en Gaza viviendo junto con la comunidad cristiana sus mismas necesidades, sus mismos miedos, el mismo anhelo de paz para todos. Sin odios, ni rencores. Sembrando paz.



Durante la Santa Misa de Navidad que presidió el Patriarca Card. Pizzaballa, al tiempo que se escuchaban los villancicos, sonaban a lo lejos los bombardeos y el sonido fuerte de un dron que en todo momento giraba por encima de la ciudad. Los disparos y enfrentamientos siguieron durante la noche que dormimos allí.

En contraste con todo lo visto en el camino, durante la Santa Misa se elevaba cual rico aroma de incienso, la pureza de los tres niños que recibieron por primera vez a Jesús Eucaristía, y de otros tres que confirmaron, frente a todos, su fe en Jesucristo. Solo por ese hecho, solo por esos niños en gracia de Dios, bien vale la pena pasar todo lo que pasaron y pasan nuestros misioneros en Gaza. ¡Si pudiéramos ver la hermosura de un alma en gracia de Dios!



En su homilía el Cardenal animó a los cristianos a saber esperar en el Señor: «Para permanecer firmes en la esperanza, debemos estar profundamente arraigados en Jesús», dijo. «No sé cuándo ni cómo terminará esta guerra, y cada vez que nos acercamos al final, parece que empezamos de nuevo. Pero tarde o temprano, la guerra terminará, no debemos perder la esperanza. Cuando la guerra termine, lo reconstruiremos todo: nuestras escuelas, nuestros hospitales y nuestros hogares. Debemos seguir siendo resilientes y fuertes.

Pero lo más importante es que no debemos permitir que el odio se infiltre en nuestros corazones. Si queremos seguir siendo una luz, debemos poner nuestros corazones a disposición únicamente de Jesús. Debemos permanecer firmes en nuestra fe, rezar por el fin de esta guerra y confiar plenamente en que, con Cristo, nada puede vencernos.

Debemos preservar nuestra unidad para mantener la luz de Cristo aquí en Gaza, en nuestra región y en el mundo. Tenemos una misión, y vosotros también debéis dar algo, no solo recibir. El mundo que os mira debe ver a quién pertenecen, si a la luz o a la oscuridad. ¿Pertenece a Jesús, que da su vida, o a otro?

Cuando el mundo os mire, debe notar que sois diferentes. Uno de vosotros me dijo una vez: Como cristianos, no hay violencia en nuestra sangre. Queremos seguir siendo cristianos y seguir siendo la luz en este lugar.

Gracias por todo lo que hacéis. Puede que no lo notéis en vuestra difícil vida diaria, pero el mundo entero sí. Todos estamos orgullosos de vosotros, no solo por lo que hacéis, sino porque habéis conservado vuestra identidad de cristianos que pertenecen a Jesús. Que la Navidad traiga luz a cada uno de nosotros. No tengáis miedo, porque nadie puede quitarnos la luz de Cristo. Seguid dando un buen testimonio de la fe cristiana».

Una gracia particular de esta visita tan corta fue el poder ver, en sus detalles, el apostolado que hacen nuestros padres y hermanas con los niños y jóvenes, envolviéndolos en una atmosfera de alegría como en una burbuja dentro de la atroz guerra que viven. Cuando le pregunté a uno de los niños, sentado al lado mío en la iglesia, qué cosa le pedía al Niño Jesús para Navidad, me dijo: la paz; y otro respondió: que podamos regresar a nuestras casas. En otras partes del mundo hubieran pedido el último juguete o un celular o una play station. En Gaza todo ha vuelto a la esencialidad. Los niños piden las mismas cosas que piden los mayores, han madurado dolorosamente en este largo año de dolor. Ya no lloran por juguetes... lloran por la paz.



Pero Nuestro Señor que dijo: «Bienaventurados los que lloran porque serán consolados» y «Bienaventurados los pacíficos porque serán llamados Hijos de Dios» (Mt 5,9), cumplirá su promesa. Tarde o temprano cumplirá su promesa. Esta es una gracia que se extiende ciertamente a quienes están acompañando y guiando este pequeño rebaño en Gaza. Quiera Dios que muchas religiosas y sacerdotes se ofrezcan con grandeza de alma para ayudar en Tierra Santa y en nuestra misión de Gaza, para ser ellos también canales de la misericordia de Dios y ardientes propagadores de la paz de Cristo.

La misión católica de Gaza está llena de dolor, pero también, y paradójicamente, de gozos celestiales. Dios es infinitamente misericordioso, sí, pero, también, infinitamente justo. Y si permite que el misionero se vea privado de muchos bienes, seguridades, tranquilidad, solaz... Él mismo lo colma, como solamente Él puede hacer, de gozos celestiales. Es que, como dijo San Juan Pablo II en Belén, «la Cuna de Jesús estaba siempre a la sombra del Calvario». No debemos temer el sufrimiento. La Virgen Santísima acogió con gozo el misterio

de la Encarnación, y también San José. Pero, apenas nacido el Niño, al silenciarse el Gloria de los ángeles, Dios les mandó proteger a Jesús con sus vidas. Y así lo hicieron, huyeron de las garras de Herodes y, según la tradición, tomaron el Camino del Mar, y pasaron por Gaza. «Con sola su figura, vestidos los dejó de su hermosura»¹ ...

No temamos, como misioneros y misioneras, ofrecernos a lugares "difíciles". Jesús está y estará siempre con nosotros. Y junto a los dolores de nuestros viacrucis Él, de manera misteriosa, nos colmará de gozo.

¡Hagamos la prueba! ¡Aquí estoy, Señor, porque me has llamado!

No pongamos nunca límites a la generosidad y a los deseos del Señor que nos quiere mar adentro.

Porque si bien es cierto que en Medio Oriente... hay muchos dolores... también hay gozos celestiales. ¡Por esta razón puedo decir que la visita a Gaza fue el mejor regalo de Navidad que podría haber recibido!

En Cristo y María,
M. María del Cielo, SSVM
Misionera en Tierra Santa
28 de diciembre 2024

¹ San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*